

historiador moderno le trata de "oficinista y de burócrata", (1). Verdad es que Felipe II tenía las trazas y la aptitud de un comisionista más bien que las de un conquistador. "No hay en el mundo, dice Granvela, secretario que maneje tantos papeles como el rey", (2). Todos los asuntos pasaban por sus manos; quería verlo todo, ó, mejor dicho, leerlo todo; y como si no le bastara poner dos mil firmas diarias, ponía notas marginales y escribía volantes sin número á sus ministros: Pérez conservaba dos cajas llenas de ellos (3). Gobernaba al mundo por escrito, como un inquisidor en medio de sus legajos. Y no se conquista la monarquía con la pluma en la mano; se necesita exponer la vida, como los Alejandro y los César. Por declaración unánime de los embajadores venecianos, Felipe II era inclinado al reposo y á la paz, aún en aquella edad en que la mayor parte de los hombres aman la gloria de las armas. Si hubiese tenido el genio emprendedor de su padre, dicen aquéllos, hubiera llegado á ser peligroso; pero más bien trataba de conservar sus estados por la paz que de extenderlos por la guerra (4). Y no es que el rey de España estuviese desprovisto de ambición: sus empresas de Portugal, de Francia y de Inglaterra prueban que era fiel á la divisa de su familia: *plus ultra*; pero le hacía falta el genio militar. Su poder, aún cuando no era tan grande como se ha creído, hubiera podido ser formidable para Europa si hubiese sabido utilizarle; pero, como observó ya un contemporáneo, no supo sacar partido de la fortuna. Tan luego como encontró adversarios del temple de Enrique VI y de Isabel de Inglaterra se le acabó la fortuna (5), y, en definitiva, fracasó en todas sus empresas.

Para explicar los desastres de Felipe II se dice que abrazó demasiadas cosas á la vez y que su ambición no llegó á la meta, porque quería lo imposible. Hay algo de verdad en eso: desparramó sus

(1) MICHELET, *Historia de Francia*, t. X, p. 243.

(2) GRANVELA, *Documentos de Estado*, t. VIII, p. 55.

(3) CONTARINI y GRADENIGO, véase RANKE, *Fürsten und Völker*, t. I, p. 147 y siguientes.

(4) SORIANO, *Relazione*, 1559.—GIOVANNI MICHELI (ALBERI), I, 3, 373; I, 2, 337.—GACHARD, *Relaciones de los embajadores venecianos*, p. 124.

(5) *Del Estado de Francia*, por MICHEL HUREAU, nieto de l'Hospital (*Memorias de la Liga*, t. III, p. 37: «Ha tenido suerte en todas partes, porque en ninguna ha encontrado hasta hoy quien le detuviera el carro de la fortuna. Pero á estas fechas (1568), que tiene enemigos dignos de su poder, veremos lo que alcanza en Inglaterra con todo ese grande apresto; veremos si conserva su fama de afortunado.»

fuerzas por Francia, por los Países-Bajos y por Inglaterra, cuando hubiera debido concentrarlas en un punto, y resultó de ello que, en vez de conquistar las coronas de Francia y de Inglaterra, perdió la mitad de los Países-Bajos. Pero al censurar al rey de España por haber diseminado sus fuerzas en toda la cristiandad, no se reflexiona que tal fué la necesidad de su posición: defensor de la fe católica, se vió obligado á intervenir donde quiera que había lucha entre el catolicismo y la Reforma; y por lo mismo que era el órgano de una Iglesia que quería conquistar la dominación universal, era también universal su ambición. De esta manera, el catolicismo, que constituía la fuerza de Felipe II, vino á ser la causa de su debilidad; su grandeza estaba ligada á la reacción católica; si ésta hubiese salido victoriosa, el rey de España hubiera llegado á ser el rey de la cristiandad y se hubiese realizado el ideal de la Edad Media: un Dios, un papa, un rey. Pero como la reacción católica no podía triunfar del protestantismo, Felipe II estaba condenado á sucumbir. Hay más; la obstinación fanática que puso en defender la religión del pasado arrastró tras de sí la decadencia de España. La libertad intelectual, la libertad civil y política son una condición de vida; todo el que quiere detener el movimiento progresivo de la sociedad ó hacerla retroceder con violencia á lo pasado la mata, en cuanto es dado al hombre destruir la obra de Dios.

Cerrando Felipe III la España á las ideas nuevas que regeneraban á la Europa, la privó de aire vital, y sembró en ella las semillas de ese engurdimiento secular que tanto trabajo le cuesta sacudir á la nación española. Su decadencia, sin embargo, no se reveló al pronto, y Felipe II fué hasta su muerte el jefe de los católicos en toda Europa, pudiéndose decir que en ese sentido fué monarca universal. Pero por lo mismo que los corazones de todos los católicos se dirigían hácia el rey de España, los Estados afectos á la libertad religiosa y los que anhelaban su independencia debían sublevarse contra una dominación que les amenazaba; de ahí la rivalidad constante de la Francia y de la Inglaterra.

§ II.—Rivalidad entre Francia y España.

N.º 1.—Disputas sobre el primer puesto.

En 1552, el rey Fernando de Austria, despedido porque los protestantes habían obligado al

emperador á firmar la convención de Passau, escribió á su hermano que debía vengarse en el rey de Francia y castigarle como autor del mal. Carlos V le respondió que, en efecto, la Francia era la causa de todas las turbulencias de la Alemania; pero que Fernando se engañaba grandemente si creía que era fácil castigar á Enrique II; que, por su parte, no se hacía ilusión y consideraba la cosa poco menos que imposible (1). El embajador de Venecia, Miguel Soriano, hizo algunos años después el balance de las dos potencias, y encontró que se equilibraban perfectamente. "El rey de España, dice, tiene muchos reinos, pero están separados y desunidos. El rey de Francia no tiene más que un solo reino, pero unido y sumiso. Los súbditos del rey de España son más ricos; los del rey de Francia más dispuestos á servir á su rey. En cuanto á sus ejércitos, no hay gran diferencia, porque si la España tiene una marina más considerable, la Francia compensa esa desventaja con la alianza turca", (2).

La España tenía á su favor la apariencia de una dominación universal; el orgullo de la raza española se exaltó hasta el punto de despreciar á las demás naciones; la gloria de sus altos hechos llenaba los dos mundos; su lengua, sus usos y costumbres invadían la cristiandad y no había límite á sus ambiciosas pretensiones (3). También los Franceses tenían su vanidad nacional; se creían la primera nación del mundo (4); trataban á los Españoles de advenedizos, y á su ortodoxia reciente oponían los servicios prestados durante tantos siglos por los reyes cristianísimos á la religión y á la Iglesia. Oigamos al embajador de Francia en Constantinopla, que escribe á su colega en Venecia y le dice: "No hay nadie en el día, por poco talento que tenga, que no confiese que los embajadores del rey de Francia son preferidos en todas partes á los de los demás príncipes." Y atribuye esa preeminencia, "tanto á la grandeza y antigüedad de tan noble corona, como al haber sido llevada por ella nuestra santa fe á la mayor parte del Asia, del África y de toda Europa." El diplomá-

tico francés trata á los Españoles de Judíos y de Moros á quienes las armas de los reyes de Francia habían obligado á bautizarse; "y en vez de mostrarse humildes y agradecidos, se mostraban sumamente ingratos", (1).

Los embajadores comenzaban á representar un papel en el siglo XVI: sus disputas sobre preeminencia nos parecen hoy mezquinas y casi ridículas; pero hay que despreciar la forma y penetrar en el fondo de las cosas para apreciarlas bien. Nacían entonces las naciones, y sus primeras entrevistas fueron hostiles; en aquella ardiente lucha era preciso sostener su puesto y su dignidad, lo cual formaba una cuestión de honor nacional tan viva y tan importante como la del punto de honor individual. Y, en efecto, la posición de los embajadores marcaba entonces la consideración de que gozaban los príncipes en la república cristiana. España y Francia pretendían á la vez el primer lugar después del emperador, que, como jefe temporal de la cristiandad, tenía preeminencia honorífica sobre los reyes; y en todas partes donde se encontraban sus embajadores estallaba la rivalidad de las dos naciones (2). En 1558, el enviado de Felipe II en Venecia reclamó la antelación al enviado de Francia, y no desdenó recurrir á la astucia para triunfar de sus rivales, que se hallaban en posesión. Presentóse Vargas en calidad de embajador de Carlos V, emperador; se le respondió que Carlos V había abdicado; y entonces el activo español sostuvo que la preeminencia correspondía á Felipe II. El embajador francés resistió á tan inauditas exigencias, probando que su señor estaba en posesión inmemorial é invocando la grandeza y la dignidad del rey cristianísimo, y llegó á decir que abandonaría á Venecia si no se hacía justicia á sus pretensiones. El senado falló en favor del rey cristianísimo (3).

Pero la vanidad de los Franceses aún no quedaba satisfecha; les molestaba el haber tenido que someterse á la decisión de una república de mercaderes: "No es á ellos á quienes toca, dice de la

(1) CHARRIÈRE, *Negociaciones de la Francia con Levante*, t. II, página 477, nota.

(2) Carta de Francisco II á su embajador en Viena, 1560 (*Negociaciones durante el reinado de Francisco II*, p. 504): «Parece que los Españoles han resuelto contender por la preeminencia en todas partes, de un extremo á otro de la cristiandad.» Y, en efecto, se cuestionó la preeminencia en Roma, en Venecia, en el concilio de Trento y en Suiza (FLASSAN, *Historia de la diplomacia francesa*, t. II, p. 66-69).

(3) RIBIER, *Cartas y memorias de Estado*, t. II, p. 730-742.

Vigne, embajador en Constantinopla, el dar ó quitar los honores á tan altos príncipes, como si se tratara de apreciar algunas piezas de paño ó el mérito de algun navío, (1). La disputa se renovó en el concilio de Trento. Lansac, embajador de Francia, había recibido la orden de sostener á todo trance el honor del rey cristianísimo: "Y puesto que los embajadores del rey católico han puesto muchas veces en tela de juicio el sitio correspondiente á los embajadores del rey, cuidarán éstos de no aceptar, ni en el concilio ni en ningun otro lugar ó acto en que se haga cuestion de honor, otro sitio más que el primero despues del representante del emperador. Y si se les quisiera disputar, declararán resueltamente que jamas lo consentirán, y que el rey y su reino no aprobarán lo que haga el concilio y darán orden para que se retiren de él los obispos de Francia, (2). El embajador de España no dejó de reclamar la preeminencia sobre todos los reyes (3), en razon á la magnitud de sus Estados, y á la vasta extension de su poder (4). El papa favorecía secretamente á Felipe II, que era el defensor del catolicismo, mientras que la herejía ganaba diariamente terreno en Francia (5); á más de que el rey de España era entónces el más fuerte, y en Roma, más que en ningun otro punto, se adora la fuerza. Pero no atreviéndose á chocar de frente con el rey cristianísimo, los legados del papa trataron de dar la preeminencia al embajador de España por sorpresa; pero no habían contado con la irritabilidad francesa, cuyos embajadores prepararon una violenta protesta contra Pío IV, acusándole de que sembraba la discordia entre los príncipes para levantar su propia autoridad sobre la de los concilios; y recordando los servicios que los reyes de Francia habían prestado á la santa sede, acusaban al papa de una negra ingratitud, toda vez que, pisoteando la justicia y la equidad, se aprovechaba de la minoría de Carlos IX para despojarle astuciosamente de su rango, y, por último, declaraban que los obispos franceses abandonarían el concilio y Francia no recibiría sus decretos (6).

(1) Carta de DE LA VIGNE al obispo de Aqs, embajador en Viena (CHARRIERE, *Negociaciones*, t. II, p. 477, nota).

(2) LE PLAT, *Monumenta Concilii Tridentini*, t. V, p. 155.

(3) RAYNALDI, *Annales*, ad a. 1563, núm. 94: «Omnibus ut regibus loco et honore preferantur.»

(4) DE THOU, *Historia universal*, lib. XXXI.

(5) RAYNALDI, *Annales*, ad a. 1563, núm. 106.

(6) LE PLAT, *Monumenta Concilii Tridentini*, t. VI, páginas 116-120.

La protesta era una amenaza de cisma; el papa temía que se realizase y que el ejemplo del rey cristianísimo se hiciera contagioso, y quiso conjurar la tormenta cediendo ante la furia francesa. Pero al lisonjear á la Francia descontentó á la España, y el embajador de Felipe II sostuvo que el primer puesto era debido al rey católico, á causa de la inmensidad de sus Estados y, sobre todo, al celo que desplegaba en la propagacion del cristianismo y en la defensa de la Iglesia; protestó contra todo juicio en que se reconociera la preeminencia ó siquiera la igualdad á favor del rey cristianísimo, é hizo responsable al papa de cuantas desgracias pudieran resultar de su sentencia, así para la cristiandad como para la santa sede (1).

Hé ahí el lenguaje que usaban con el vicario de Cristo, en medio de un concilio general, el rey cristianísimo y el rey católico, cuando el papa lastimaba el orgullo de uno ó de otro. Pero nada prueba mejor la importancia de las nacionalidades. El concilio de Trento se había convocado para restituir el sosiego y la unidad al mundo cristiano, destrozado por la Reforma; á los ojos de los creyentes no había autoridad más alta sobre la tierra que la del concilio, puesto que sus decretos se reputaban inspirados por el Espíritu Santo. Sin embargo, el rey cristianísimo arrastraba por el suelo el respeto debido al concilio y el poder del Santo Padre desde el momento que creía vulnerado su honor, y ponía su sitio de primer príncipe de la cristiandad por cima de los intereses de la religion y de la Iglesia: perezca la fe, con tal que el rey de Francia tenga preeminencia sobre el rey de España. Las palabras de Felipe II, aunque ménos vivas en la forma, no eran ménos irrespetuosas en el fondo. También él prefería introducir la discordia y la perturbacion en la cristiandad á renunciar al primer puesto. Es evidente que esos sentimientos son todo ménos que cristianos; y, sin embargo, no pueden ménos de tenerse por legítimos, porque hay un principio que domina al ds la fe, cual es el de la personalidad, y que en ocasiones se llama honor y dignidad, elemento vital de los hombres y de los pueblos. El orgullo nacional, tal como se manifestó en el siglo XVI, es la exageracion de ese sentimiento, pero es respetable hasta en sus excesos; lo que en él había de excesivo tendrá que

(1) DE THOU, *Historia universal*, lib. XXXVI.

gastarse en la lucha; y despues de haber pretendido la preeminencia unas y otras naciones, concluirán por reconocer que ninguna de ellas tiene superioridad sobre las demas; que la ley de sus relaciones es la igualdad; y que su gloria consiste en cumplir la mision que Dios las ha dado en la vida general de la humanidad (a).

N.º 2. — Las fronteras naturales.

La rivalidad de los embajadores es la imagen de la lucha entre las dos naciones. Podría creerse que la Francia, desgarrada por sus guerras religiosas y por la minoría de sus reyes, ni áun pensar podría en rivalizar con su poderoso vecino. Sin embargo, la rivalidad existió siempre, á despecho de la minoría de los reyes y á pesar del fanatismo católico, que de buen grado hubiera abatido á la Francia para asegurar el triunfo de la ajeja ortodoxia. El sentimiento nacional triunfó de las pasiones religiosas y dió fuerza á los príncipes más débiles que han podido reinar sobre un gran pueblo. Nada importa que la raza real esté en decadencia y áun que se extinga; va á ser reemplazada por una sangre más generosa, por una familia más emprendedora que terminará la obra secular de la ambicion francesa, poniendo en mano de los reyes de Francia aquella monarquía cuyo cetro tanto tiempo había tenido la casa de Austria.

Los principios del reinado de Felipe II se señalaron por sus victorias contra la Francia. Enrique II, en vez de ser fiel á la tregua de Vaucelles, que le garantizaba la posesion provisional de sus conquistas en el Piamonte, se dejó llevar por Paulo IV á una nueva aventura en la Italia, soñando siempre con la posesion de Milan y de Nápoles. La expedicion fracasó. Todavía fué más desgraciada la guerra en Flándes, donde la derrota de San Quintin obligó al rey á firmar la paz de Cateau-

(a) Dejando á un lado la teoría del autor sobre el punto de honor nacional fundado en ocupar uno ú otro sillón en las ceremonias, nos cumple referir aquí, ya que Mr. Laurent no ha querido hacerlo, el rasgo de un clérigo español, el obispo Anaya, en el concilio de Constanza. Se cuestionaba también el sitio de preeminencia, y el embajador francés, duque de Borgoña, más ágil ó más terco, se había apoderado de él y permanecía sentado. El embajador D. Martín Fernandez de Córdova le intimó con finura que desocupase aquel asiento; y como el de Borgoña se obstinase en ocuparle, el obispo D. Diego Anaya se fué á él, le arrojó violentamente del sitio, y dirigiéndose al embajador español, le dijo: «Yo cumplí con mi obligacion de Español; vos, como caballero, haced lo que yo no puedo hacer como clérigo.»—(N. del T.)

Cambresis, por la que perdió Francia todas sus conquistas italianas. Tal fué el resultado de la falsa política que había perseguido durante medio siglo un fin imposible, el engrandecimiento de la Francia en Italia. Pero renunciar á esa ambicion, y renunciar forzosamente, era decaer y dejar á la España la preponderancia que ambas naciones venían disputando con tanto encarnizamiento. Por eso la paz fué amargamente censurada por todos aquellos que tenían sangre francesa en sus venas. El docto Pasquier maldice la espada fatal que Paulo IV envió á Enrique II como al defensor de la santa sede; maldice la paz que de una plumada despojó á la Francia de los territorios que había conquistado durante treinta años, y dice que en vano ha buscado en la historia un tratado más vergonzoso, y que para encontrar una paz que pueda compararse á la de Cateau-Cambresis hay que descender hasta el Bajo-Imperio (1). Tavannes la critica como soldado y como político: «Los coaligados fueron vendidos, los capitanes entregados á sus enemigos, olvidadas la sangre y la vida de tantos Franceses, y entregadas ciento cincuenta fortalezas para sacar á un viejo condestable de su prision y descargarse de dos damas francesas, lo cual fué una pobre máscara de cobardía.» Añade Tavannes que, si la paz no encendió las guerras de religion, las dió pábulo, licenciando á tantos capitanes y soldados que para encontrar ocupacion se alistaron con los hugonotes (2).

Esa paz tan maldecida devolvió, sin embargo, á la Francia la ciudad de Calais, último resto de la dominacion inglesa en el continente. Era aquella una especie de indicacion de la verdadera política de Francia: su lucha contra la España era forzosa, pero era indispensable batirla en las fronteras, á fin de dilatarlas, en vez de ir á pelear á Italia siempre con pérdidas. Las guerras de religion que desolaron la Francia en la segunda mitad del siglo XVI tuvieron al ménos una ventaja, la de poner término á la loca política de los reyes y preparar su futura grandeza, dando á su ambicion un fin más inmediato y más realizable. Esa gloria corresponde á los hugonotes. Las luchas religiosas no suspendieron más que en apariencia la lucha de Francia y España, lucha que continuó bajo el velo

(1) PASQUIER, *Cartas*, IV, 2, XV, 19.

(2) *Memorias de TAVANNES*, en PETITOT, t. XXIV, p. 341.

de la religión. Desde el origen de las guerras civiles acudieron los católicos á implorar el socorro del rey católico por excelencia; el fanatismo ahogaba la voz de la patria, y los Franceses católicos, los más celosos al ménos, para destruir la Reforma estuvieron dispuestos á poner la corona de Francia á los piés de Felipe II. Pero aquella vergonzosa deserción reanimó el sentimiento nacional en el partido contrario, y los hugonotes tomaron á su cargo la causa de los intereses y de la grandeza de Francia, que los católicos sacrificaban á la dominación del catolicismo. Fué, pues, de las filas de la Reforma de donde salió el grito del patriotismo que trató de unir á todos los Franceses contra el Español: "Pueblo, exclamaba *Duplessis Mornay*, se quiere vender al Español nuestro país y echar á la Francia á fuera de la Francia para hacer lugar á la España... Que lo que haya de Francia en Francia se una y se coaligue contra esa conjuración maldita. Que no haya de hoy más entre nosotros papistas ni hugonotes; que no se hable más entre nosotros que de Españoles y de Franceses."

El interés de los hugonotes se confundía con el de la Francia, puesto que el enemigo del nombre francés era al mismo tiempo el enemigo mortal del protestantismo. La política de los reformados se desarrolló bajo la influencia de esos sentimientos; el almirante *Colligny*, su ilustre jefe, quería que la Francia atacase á la España en los Países Bajos y que extendiese de esta parte sus fronteras hasta el Escalda. Estas miras del partido hugonote se desarrollaron en una memoria redactada y dirigida al rey por *Duplessis Mornay*. Era convicción general la de que, para cegar la fuente de las guerras civiles, se necesitaban emplear en una guerra extranjera las fuerzas exuberantes de una nación militar que por falta de un enemigo exterior se desgarraba sus propias entrañas. Pero no bastaba á los severos discípulos de Calvino que la guerra contra España fuese útil; investigaban antes de todo si era ó no justa. *Duplessis* prueba, sin gran dificultad, que Felipe II desde la paz de *Cateau-Cambresis* no había dejado de ser un instante el enemigo de la Francia, y que la había hecho la más peligrosa de las guerras al fomentar las discordias civiles por medio de los auxilios que daba á los católicos. Y como el rey de España pretendía que su intervención era simplemente amistosa...

"Singular amistad! dice *Mornay*; ¡buen amigo de uno aquel que, viéndole trasportado de cólera hasta el punto de quererle matar, le pone la daga en la mano para que lo ejecute! ¿No será mucho mejor amigo aquel otro que se la niega, hasta que la razón haya reemplazado á la cólera? Esas antiguas finezas de alimentar la guerra en un Estado vecino no tienen otro objeto que el de que el partido vencido nos llame en su socorro, ó el de que, abatidos los dos, se vean obligados á recibirnos... Aún quedaba por dilucidar si era más conveniente el atacar á España en Italia ó en los Países-Bajos; y en esta parte se revela la política nueva inaugurada por los hugonotes: "Para ir á Italia se necesita pasar los Alpes, y todo el mundo sabe que, áun cuando ese país ha sido bien abonado con nuestra sangre, jamás han podido prosperar en él las flores de lis. Señor, hay que emprender la guerra en los Países-Bajos, donde el pueblo os llama, donde la ocasión os provoca, donde la división os abre las puertas de las ciudades... Cabalmente podeis alegar las justas pretensiones que teneis sobre la Flándes, el Artois y el Hainaut, á cuyas provincias sólo renunciaron vuestros predecesores por efecto de la adversidad, y allí obtendréis fácil resultado, teniendo al enemigo distante y distraído y vuestras fuerzas y las de vuestros aliados á vuestro alrededor..." *Duplessis* alega todavía otro motivo, que es como un presentimiento de la terrible lucha que ocupa la primera mitad del siglo XVII: "La guerra, no solamente es justa, es necesaria si no se quiere tener en el porvenir otra más peligrosa..." (1).

La política de los hugonotes ha quedado siendo la de la Francia; continuada por Enrique IV y por Richelieu, le ha dado esa preponderancia ó esa dominación que es la única forma posible de la monarquía universal en Europa. Esa política es la de conquista, la cual no es nuestro ánimo justificar; pero hay que confesar que la ambición de engrandecer un reino hasta que haya alcanzado sus límites naturales tiene un aspecto legítimo y hasta providencial, con tal que no sirva de pretexto á la pasión de la guerra (a). La gloria de haber encau-

(1) DUPLESSIS MORNAY, *Memorias y correspondencia*, t. II, página 20 y siguientes. *Discurso del rey Carlos IX al emprender la guerra contra el Español en los Países-Bajos*.

(a) El autor, que, como se verá más adelante, es tan severo al juzgar á los políticos de los siglos XVI y XVII, enseña aquí una doctrina igualmente laxa que la que él censura en MONTAIGNE, en CHARRON y en DESCARTES. Su apasionamiento por la Francia le hace incurrir en tan flagrantes contradicciones.—(N. del T.)

zando la política francesa por los senderos que la grandeza de la nación señalaba corresponde á los hugonotes. Tal vez se diga que damos á la política el mérito de lo que, en definitiva, no era más que una necesidad de posición, y que si los hugonotes aconsejaron el combatir á España fué porque Felipe II era su enemigo mortal. Pero lo que prueba que, en los jefes de aquel partido, el interés nacional se sobreponía á las pasiones religiosas, es el que no eran más simpáticos á Inglaterra que á España. En la última carta que *Colligny* escribió á Carlos IX le dice: "Que los más grandes enemigos que tiene el rey son, y serán siempre, el rey de España y la reina de Inglaterra, por más protestas y demostraciones que hagan de lo contrario, y aconsejaba al rey á que no parase hasta haber arruinado á entrambos..." (1).

Otra gloria más estaba reservada á *Colligny*, el cual inspiró su política al príncipe que debía ser su verdugo. La insurrección de los Países-Bajos contra Felipe II daba á los reyes de Francia una ocasión favorable para molestar á su poderoso vecino. Ciertamente ellos mismos hacían la guerra á los hugonotes, y que en esta guerra tenían por aliado á Felipe II; pero esas contradicciones no detuvieron jamás á la monarquía francesa, la cual desde Francisco I hasta Richelieu fué, en el exterior, aliada de los protestantes, mientras que, en el interior, los perseguía á hierro y fuego. Política verdaderamente maquiavélica: la corte de Francia suministraba auxilios considerables á los rebeldes, alentaba el valor de *Guillermo el Taciturno* cuando desfallecía, mientras que en Madrid excitaba al rey contra el príncipe de Orange, "conjurándole, por el honor de Dios y de su Iglesia, para que jamás hiciese la paz con él..." (2). Razon tenían los Alemanes para decir que "por parte de Francia no había más que mentiras y engaños..." (3). *Colligny* quiso reemplazar esa política de fraudes por medio de una alianza leal con los insurrectos de los Países-Bajos y con la Inglaterra contra la España; llegó á ganar una grande influencia en el ánimo de Carlos IX, el cual llamaba su padre al jefe de los

hugonotes, y no escuchaba á nadie más que á él; relaciones amistosas que se han querido explicar atribuyéndolas á refinada hipocresía del joven rey. Nos parece que eso es calumniar á un príncipe sobre el cual pesa una responsabilidad demasiado terrible para que haya necesidad de atribuirle otros crímenes (a). ¿Qué cosa más natural que el que Carlos IX diese oídos á los consejos de *Colligny*? El almirante le daba un medio seguro de destruir el poder de España y de levantar sobre sus ruinas la grandeza de Francia; lo que se necesitaba era hacer abiertamente y con todas las fuerzas lo que se hacía en secreto y con medios insuficientes. Carlos IX abundó en estos designios y se puso en relación con los protestantes de Alemania y con la reina de Inglaterra: no se trataba ya de intrigas ni de ocultos manejos, sino de una liga formal dirigida contra la Casa de Austria. Se reanudaron las relaciones con la Turquía, comprometiéndose el sultán á apoyar á la Francia con su escuadra (1). Los insurrectos de los Países-Bajos recibieron la seguridad de que el rey estaba decidido á emplear las fuerzas que Dios había puesto en su mano para sustraerles de la opresión en que se hallaban (2). Carlos IX celebró una entrevista con el conde de Nassau algunas semanas antes de la de Saint-Barthélemy; en ella se mostró resuelto á arrancar los Países-Bajos de la mano de Felipe II y dispuesto á dar la libertad religiosa á sus propios súbditos (3). Se estaba ya formando un ejército; inquieto por ello el duque de Alba, pidió explicaciones; el gobierno francés negó, como de costumbre, pero la mentira diplomática no impidió que continuara sus preparativos.

Vacilaba, sin embargo, Carlos IX, el cual quería asegurarse del concurso de la Inglaterra antes de comenzar las hostilidades. La reina Isabel fluctuaba entre el deseo de socorrer á los insurrectos, para debilitar el temible poder de Felipe II, y el temor de que los Países-Bajos, libertados del yugo de España, cayesen en poder de la Francia; los Ingleses preferían el que los belgas conquistasen por sí mismos su libertad; temían que la Francia.

(a) No vemos la fuerza del argumento, ni hemos leído en ningún código tal circunstancia atenuante.—(N. del T.)

(1) SULLY, *Economías reales, políticas y militares*, t. I, p. 74 (edición de Amsterdam).

(2) Carta de Carlos IX al conde de Nassau en 27 de Abril de 1572 (GACHARD, *Corresp. de Felipe II*, t. II, p. 269, nota 2).

(3) WALSHINGHAM, *Cartas y negociaciones*, páginas 186-188 y siguientes.

(1) Carta de Catalina de Médicis á Fenelon, embajador de Francia en Londres (*Correspondencia de LA MOTHE FENELON*, tomo VII, p. 343).

(2) GROEN VAN PRINSTERER, *Archivos de la Casa de Orange*, tomo IV, p. XXI, XLI, y suplemento, p. 18.

(3) Carta de W. ZULEGER al conde Luis de Nassau (*Archivos de la Casa de Orange*, t. IV, p. 31).